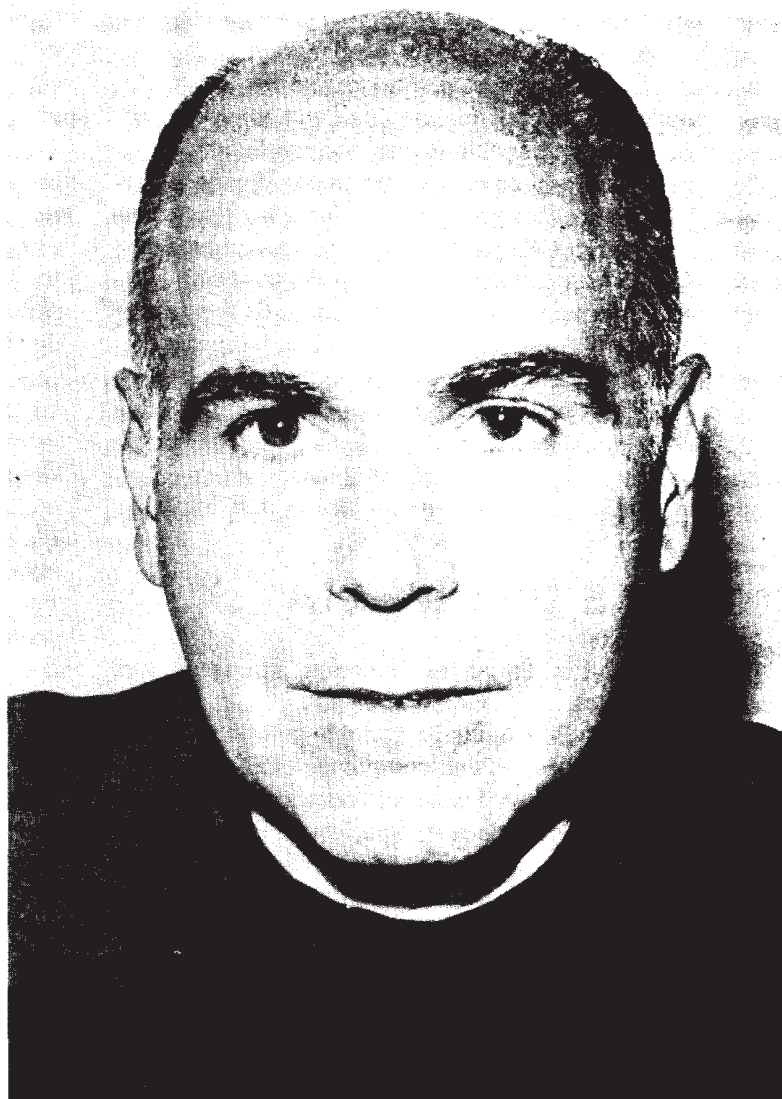

ENCUENTROS EN JUEVES

En Agosto de 1989 fallecía en Madrid el padre Miguel Benzo Mestre, consiliario nacional durante muchos años de la Asociación Católica de Propagandistas. En su memoria se celebró, el 19 de Octubre pasado y dentro de «Encuentros en jueves», un sentido homenaje, en el que participaron don Alfonso Ibañez de Aldecoa, presidente de la A. C. de P.; monseñor Miguel Roca Caba-

nellas, arzobispo de Valencia; don Abelardo Algora, ex presidente de la A. C. de P.; don Angel A. Lago Carballo; doña Concepción Llaguno y don José María Goizueta Besga. Publicamos en estos «Cuadernos del Boletín», que intentarán ofrecer material de reflexión para los asociados, los textos íntegros de las seis intervenciones en el homenaje a don Miguel Benzo.



**IN
MEMORIAM
DEL PADRE**

MIGUEL BENZO MESTRE

Cumplidor de sus obligaciones

Alfonso IBÁÑEZ DE ALDECOA
Presidente de la A. C. de P.

DE la muerte de Don Miguel Benzo aún uno está sorprendido. Yo creo que todavía no hemos reaccionado. Es verdad que se preveía, se esperaba; lo que no se esperaba era la rapidez con la que se desarrollaron los acontecimientos.

Ha dejado cierta señal. Un compañero propagandista me decía que todavía no había reaccionado de la impresión que le había causado el fallecimiento de Benzo.

A medida que transcurre el tiempo, cuando se van madurando, asentando los sentimientos, todavía crece esa sorpresa y ese dolor que tenemos por no tenerle.

En breves palabras recorreré lo que ha significado la persona de Miguel Benzo para la Asociación y las obras dentro de la Asociación. Benzo ha estado con nosotros desde el año 1960 como profesor del CEU, y desde el año 1970 como consiliario nacional de la Asociación, de forma que son casi treinta años de convivencia asidua, intensa y frecuente, porque veremos lo que ha representado para la Asociación, lo cual es un ejemplo. Muchas han sido las ideas y las palabras que tenemos que agradecer en su función de consiliario y en su función profesoral. Ha sido más que testimonio el comportamiento que ha tenido don Miguel.

HOMBRE DE CIENCIA

Hay unos detalles, como los siguientes, que se me han quedado grabados:

1. Advierto en Benzo una persona de un escrúpulo para el cumplimiento de sus deberes que es realmente asombroso. Treinta años de profesorado, veinte años de asistencia al Consejo Nacional de la Asociación, al Patronato del CEU, por razón de cargo, yo no me acuerdo que haya faltado a ninguna sesión, de que haya faltado a ninguna clase y además con puntualidad; esto lo llevaba él con muchísimo rigor. Desde luego, ha sido un ejemplo que ahí queda, porque la verdad es que ese testimonio son de los que valen para encauzar las instituciones. Un hombre muy puntual, un hombre cumplidor de sus obligaciones de forma directa. Benzo, por otra parte, era un hombre de una cultura asombrosa, una persona culta, un hombre intelectual preocupado, inquietado por todos los aspectos culturales de la vida y de la forma de cómo evolucionaba la cultura y la ciencia; era increíble la cultura que tenía este hombre y además un hombre de gran obra. No solamente tenía una gran cultura, sino que realizaba una gran obra que ahí ha quedado.

Sería muy difícil enumerar todas las obras de Miguel Benzo. Para nosotros destacan más la «Teología para universitarios», «La moral para universitarios» y «El marxismo de la doctrina teológica cristiana». Tiene un trabajo muy serio sobre los «Sacramentos de la eucaristía, del orden y de la penitencia», «La misión de los laicos en la Iglesia» y un tratado de antropología. Sus clases, impartidas tanto en el Instituto como en el Seminario, en la Universidad Pontificia de Salamanca y en el CEU, constituyen también una aportación de valor enorme.

2. Ha sido de una humildad enorme. Yo no le he visto jamás presumir y tenía motivos para presumir, por ciencia, por experiencia, por función. Nunca le he visto presumir de nada. Ha sido un hombre que ha estado casi oculto, haciendo las cosas en silencio, pero nunca se ha pavoneado de ningún fruto conseguido; era un hombre humilde, de una bondad cristiana que muestran San Mateo, San Juan y Juan Pablo. Esto lo vivía y lo sentía don Miguel Benzo; además humildad y desinterés, que es otro de los valores cristianos, los valores cristianos que verdaderamente definen a las personas y concretamente a los cristianos. No ha tenido acción alguna que fuera en provecho propio. Tenía su opinión muy autorizada y además con reflexión, no improvisada. Tenía firmeza en sus opiniones, porque no era persona de frivolidades, sino que seguía su criterio, tenía un talante de diálogo todo lo más opuesto a la intolerancia, al fanatismo; esto le hacía ser una persona a la que se escuchaba porque se creía en ella. Un hombre que nunca tuvo juegos con intenciones más o menos justificadas que tenemos todos los seres humanos; era de una transparencia total en su persona.

AMANTE DE LA VERDAD

3. Tenía un rigor; era hombre de rigor, amante de toda la verdad y que seguía unos criterios, donde se comprendían todos sus argumentos, se comprendían sus opiniones. Este rigor le llevó a tener una obra de una densidad muy grande; no pasaba por los cargos y las instituciones de paso, iba a hacer una obra y, generalmente, acababa todas las obras.

Su permanencia en las obras y en las instituciones ha sido de significado. Recuerdo en el CEU estos casi treinta años; de profesor en el Instituto de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca ha estado veinticuatro años; en el Seminario estuvo doce años; once años ha estado en

la cátedra de Antropología de la Universidad Pontificia de Salamanca, es decir, muchos años en sus cargos, en sus actividades de profesor y luego de consiliario nacional de la Acción Católica, estuvo doce años, primero, con los universitarios; posteriormente con los Hombres de Acción Católica y luego con la Junta Nacional; con la A. C. de P. han sido casi veinte años de consiliario nacional. Son datos que reflejan la entrega, la condición, la posición de una persona cuando está metida en las Instituciones.

INTIMIDAD DE UN POETA

4. Hay un aspecto que quiero señalar porque afecta mucho a la posición de Benzo con la Asociación. Benzo, que aparece quizá como una persona fría, a veces, queda un poco reacio a la intimidad. Me daba la impresión que parte era un poco por timidez y que la fibra sensible, la intimidad de Miguel Benzo, era la intimidad de un poeta, cuando en algunas de las homilias que teníamos en la Asociación con él los Primeros Jueves, en alguna destacaba esta fibra sensible que le hacía portarse como un poeta. Recuerdo un día en el año 1985, en la Asamblea General, donde no se han podido pronunciar palabras más que, por una parte, literalmente poéticas, pero por otra parte, más profundas, y que la Asociación tiene que agradecer y que creo que no olvidará en la vida.

Se planteaba Miguel Benzo el papel de principio que tiene para desempeñar la Asociación en el Plan de Dios y el plan que tiene que asignar a la Asociación dentro del plan de la Iglesia.

Hacia unas reflexiones que eran de verdadera delicia; decía que el alma de la Asociación se puede entender desde

tres dimensiones, la pasión por Dios, la pasión por el hombre y la pasión por la transformación de la sociedad. En esta pasión por Dios, cuando emplea esas palabras tan bellas, «pasión por Dios», considera a la Asociación como un grupo, pero como un grupo de personas que están ansiosas por Dios; una pasión oscura, honda, una pasión que no renuncia a todas las posibilidades que tiene de acercarse a la verdadera fe. De la pasión por Dios, pasa a la pasión por el hombre; una y otra componen el alma de la Asociación. Y habla de esa pasión por el hombre porque solamente comprendiendo lo que se hace a través de la fraternidad, del compromiso con el hombre, es como realmente realizamos el Dios de los cristianos. Más tarde, insiste en una característica quizá más específica ya de la Asociación: la pasión por la transformación de la sociedad. En este sentido, dice que la Asociación es una conciencia y que, en gran medida, las estructuras sociales determinan la felicidad del hombre. Sólo de esta forma nosotros debemos desear un mundo más justo, debemos optar, y la Asociación opta, así lo decía, por la preferencia hacia los pobres necesitados, marginados, porque ellos están manifestando con la desnudez el destino del hombre.

Miguel soñaba con una Asociación que tuviere este aroma y decía: yo deseo, sueño, con una Asociación que, por una parte, sea un horno de inquietud y, por otra, que sea un despacho de actividad permanente y de iniciativas renovadas.

En estos momentos en donde homenajeamos a Miguel por su obra, por su persona, por los servicios prestados, por tantas cosas que tenemos que agradecerle, lo único que quisiera es poder decirle que su sueño se intentará hacer cumplir y que estamos en disposición de seguir estos criterios.

Tenía un alma sensible

*Miguel ROCA CABANELLAS,
Arzobispo de Valencia*

HABLARÉ desordenadamente. Recibí la invitación de Alfonso Ibáñez de Aldecoa para participar en esta sesión de recuerdo a Miguel. Anteayer estaba yo en Roma y allí me comunicaron que si quería participar y dije que sí; por amistad, por afecto y por otras razones no podría dejar de estar aquí.

Lo que les voy a decir está dicho desde la amistad, desde la memoria, desde el corazón, que dirían los eslavos.

Para mí, Miguel es parte de mi vida. Teníamos más o menos la misma edad; yo era un año mayor que él; nuestra

amistad arranca desde los cuarenta años en que los dos ingresamos en el Seminario de Madrid, en donde estuvimos siete años, siete años juntos en aquella época; yo tenía veinte, él diecinueve; años en que todos los días hablábamos de lo divino, de lo humano, desde nuestras inquietudes; reflexiones que íbamos viviendo desde aquel viejo caserón de la calle San Buenaventura. Desde nuestra posición, allí íbamos mirando los problemas que estaban al otro lado, de aquellos muros que nos rodeaban.

Canté misa un año antes que él, y prediqué en su misa,

en su primera misa. Recuerdo que eligió como tema esa frase de la Carta primera de San Juan: «nosotros hemos creído en el amor»: estaba en la esencia de nuestra fe cristiana. Después, tuvimos los años de Roma, coincidimos cuatro años en la Iglesia de Montserrat; en un pequeño núcleo vivíamos un grupo de gente, entre los que existía una profunda amistad. Maximino Romero de Lema era el rector; Federico Sopena fue el primer vicerrector, yo fui el segundo vicerrector cuando Federico volvió a Madrid. Fueron años espléndidos, años de una gran intensidad, de descubrimiento, de muchas cosas. Miguel tenía un alma sensible; recuerdo una visita con él a Paeston, aquellas columnas dóricas donde él se quedó extasiado allí, ante la belleza de aquella tarde en Paeston. Descubrimos juntos Florencia, y tantas cosas; era una amistad muy profunda.

Luego, poco a poco, las vidas llevan a cada cual a su destino. Tuvimos coincidencias en la Universidad de Verano —eramos capellanes los dos— por donde pasaban Laín, Aranguren, Ridruejo, Rosales, tantas gentes que destacaban en aquellos años del 54, el 55, tantas amistades que quedaron lejos.

Fuimos profesores en el Seminario Hispanoamericano. Yo enseñaba Cristología. Fueron pocos meses, porque me pasó lo mismo en el Seminario Hispanoamericano que en el Colegio Mayor Jiménez de Cisneros. Aquel año 55 fue cuando murió Ortega y Gasset. Miguel me tuvo que sustituir en el Jiménez de Cisneros porque yo hube de volver a Roma y Antonio Lago, que era el director del Mayor, estaba nervioso sin saber quién me iba a sustituir. Le pedí a Miguel que me sustituyera y me dijo: «Por ser tú, te sustituyo, pero estoy ahí hasta que acabe la Novena de la Inmaculada y me marche.» Luego duró cinco años. Yo creo que él llevó a ese Colegio muy en su corazón.

Yo continué muchos años en Roma. En el 66 me consagraron obispo. Miguel asistió al Concilio. Aunque no podíamos vernos con frecuencia, yo le iba a ver de cuando en cuando a Santa Cruz de Marcenado y todos los veranos solíamos tener una tarde en Guadarrama, en el pueblo de Navacerrada, en casa de su hermano, después en el pequeño apartamento, al fondo de la Maliciosa. Allí hablábamos de tantas y tantas cosas, pasábamos revista de nuevo a todo, volvíamos a reavivar nuestra amistad. Miguel era enormemente sensible a esto. Comentamos en Navacerrada su último viaje a la India, la ilusión que tenía él con su sobrino...

LA ENFERMEDAD

Y vino la enfermedad, las horas difíciles, duras ..., me dejó impresionado la lucidez, la claridad con que él veía la serenidad de fe con que él esperaba. Pude estar con él nada más a fines de junio; estuve una hora. Me dijo: «Me está empezando a faltar la paciencia»; me costó trabajo estar esa hora porque, a veces, no le entendía, no entendía las palabras que pronunciaba. Después yo tenía que emprender un viaje a Africa para visitar a sacerdotes valencianos, de mi diócesis, que trabajaban en Zimbawe y Mozambique, y me enteré de su gravísimo momento, tuve la impresión de que no le iba a volver a ver. Me llegó la noticia de su muerte estando en Bakú; me llamaron por teléfono y me comunicaron su muerte.

Nosotros sabemos que Miguel está presente. Yo desde allí, desde la lejanía del espacio, del tiempo, de la impotencia, la fe y la esperanza nos aseguran que Miguel vive, está con Cristo al que él amó tanto, tan apasionadamente.

Sentido auténtico de hombre de Iglesia

Abelardo ALGORA

SE ha solicitado mi intervención en este acto de homenaje y recuerdo a un gran sacerdote, un excelente teólogo, un buen hombre y un amigo ejemplar. Y lo hago emocionado, con la emoción honda y sincera del adiós.

Mis palabras van a circunscribirse a exaltar la figura de un consiliario que, durante quince años (los que conviví con él como presidente de la Asociación Católica de Propagandistas), ha orientado espiritualmente a los propagandistas. Otros intervinientes ya han expresado su vivencia o su pen-

samiento sobre otros aspectos de la variada personalidad de Miguel.

Permitidme pues que haga referencia, solamente, al quehacer que Benzo se impuso y desarrolló durante ese largo período de tiempo.

1. *Nombramiento como consiliario.* Benzo irrumpe en la Asociación, y nunca mejor dicha la palabra, como una gracia de Dios para con ella, en los años posteriores al Concilio Vaticano II.

En la Asociación sentíamos la necesidad de un mentor espiritual, que animara y orientara el quehacer de los seglares, dentro de una Iglesia que había declarado, no hacía mucho, sus ansias de renovación. Y se nos planteó, digamos el problema, de encontrar la persona.

No voy a entrar en los detalles del relevo, sino señalar que después de varias consultas con el cardenal primado don Vicente Tarancón, con el arzobispo de Madrid don Casimiro Morcillo, y con otras personalidades de la Iglesia, el Consejo Nacional decidió presentar una terma encabezada por Miguel Benzo a la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal, quién lo designó consiliario nacional.

Benzo acababa de cesar en la Consiliaría Nacional de Acción Católica, donde había dado un alto testimonio de honestidad y ejemplaridad, y nos ofrecía la seguridad de encontrar en él, el guía espiritual que necesitábamos en aquellos momentos para seguir la senda conciliar.

Recuerdo mi primera entrevista con él, cuando decidimos que encabezase la terma. Más, bien diría que no fue efusiva, porque Benzo era hombre reflexivo y lejano a los avatares de los propagandistas. Casi pienso que no creía demasiado en la Asociación.

Pero aceptó como un servicio a la Iglesia y anunció desde el comienzo una dedicación profunda a la renovación asociativa.

Y con su seriedad, independencia y honestidad que le caracterizaba, bien pronto empezó a notarse su mano.

En septiembre de 1970 se celebra la 57 Asamblea General de la Asociación en La Granja. Y tanto la Asamblea de Secretarios como la General acuerdan, por unanimidad, la adopción de nuevos Estatutos en línea conciliar, que supongan un «aggiornamiento» asociativo.

En su plática inaugural de la Asamblea señaló que «la Asociación, como Iglesia, vive entre la tensión de la fidelidad y la idea fundacional, y la fidelidad al espíritu que hoy sopla, obligando a dar nuevas respuestas a nuevos problemas». Es cómodo, añadió, repetir, por inercia la cosas del pasado, pero no fue ése el espíritu que creó la Asociación, cuyos fundadores gustaban de responder a los problemas de la época. Es un error, añadió, romper con toda la tradición, pero es otro error, no menor, detenerse en el camino que inexorablemente lleva a nuestros interrogantes.

Y en esa línea renovadora presenta, con otros propagandistas (señores García Ceca y Fernández de Soto), los primeros borradores, recomendaciones o anteproyectos del brevariario ideológico que, más tarde, se concretaría en el Ideario del que todavía vive la Asociación.

2. *Algunos aspectos de su tarea como consiliario.* Me gustaría indicar algunos aspectos de su tarea como consi-

liario durante esos quince años que luego prolongó cuatro años más, hasta su muerte. Como guía espiritual, como pensador, como universitario y formador de jóvenes.

Antes deberé dejar constancia de lo que ha constituido un hito de conducta, de postura y actitud, en su labor de consiliario.

En una Asociación que se ha distinguido siempre por su postura equilibrada dentro de la Iglesia, su apertura, su pluralidad y su preocupación por las cuestiones político-sociales, Benzo se destacó por dos actitudes esenciales: el enorme respeto por la tarea de los seglares y su sentido de Iglesia.

Lo recuerdo, en aquellos momentos, en que el Consejo Nacional debatía cuestiones típicas de seglares, levantarse del asiento y pasear a lo largo de la habitación o en sus aledaños.

Para él, era cuestión importante no entrometerse en los asuntos de gobierno, o típicamente seglares. Por otra parte, su amor a la Iglesia le llevaba siempre a defender posturas o a declararse partidario de la verdad, cualquiera que fuera el precio que esta identificación le supusiera. Y si supo estar con los seglares, también lo hizo con la jerarquía, en postura de obediencia e identificación.

A) En las numerosas homilias que pronunció en sus años asociativos puso de manifiesto este sentido auténtico de hombre de Iglesia. Famosas son aquellas en las que se desarrollaban las tendencias de Jesús, o la relativa al «universitario», entre comillas, Poncio Pilatos, y las de los jueves asociativos, o las dadas en los ejercicios espirituales que dirigió en Avila, reproducidas en el Boletín. El decía que se repetía mucho, pero para nosotros siempre tenían ese toque de novedad, de reflexión de espíritu firme y orientador, encaminado a la renovación de las estructuras mundanas, desde una actitud de búsqueda y avance.

En esta tarea orientadora fue también importante la Comunidad de fe que dirigió, y en la que semanalmente nos reunió a un grupo de propagandistas para comentar colectivamente las Epístolas, los Hechos de los Apóstoles y los Evangelios. Como lo fue su dirección a los Grupos Jóvenes, para los que siempre tuvo una atención especial, como esperanzas de un futuro al que siempre se dirigieron sus esfuerzos de formación.

B) Como pensador e intelectual, su influencia en la Asociación fue decisiva. Era hombre de pensamiento, y sus obras lo proclaman. Y esta faceta fue decisiva para la Asociación. Debo confesar como ex presidente, que gracias a él supe llevar a buen puerto la nave asociativa, que luchaba con las bravas olas de la renovación conciliar, los integrismos, los progresismos, las influencias políticas y sociales y un pluralismo acentuado entre los propagandistas, producto de la situación política y de la crisis de la Iglesia, que hacían peligrar la nave.

En este sentido, su obra maestra fue el Ideario de la Asociación. Ya el 8 de octubre de 1970 se abre el Curso del Centro de Madrid con una ponencia de Miguel Benzo sobre «La A. C. de P. en los momentos actuales de la Iglesia y el mundo». Su contenido sentaba las bases del Ideario. La espiritualidad de la Asociación, aseguraba, está determinada por su carácter de grupo eclesial, privado, seglar, apos-

tólico, de hombres con una preocupación específica por la mejora de las instituciones y estructuras sociales.

Esta espiritualidad está fundada en la triple fe en Dios, en Jesús, hijo de Dios, y en la Iglesia.

Y añadía: La formulación de las líneas fundamentales de una concepción cristiana, adecuada a cada momento de la evolución histórica, de la vida familiar, profesional, cultural y social, no debe limitarse a fijar los linderos morales, sino que muestre las posibilidades de perfeccionamiento cristiano que tales actividades ofrecen.

Orientación, que se mantiene y desarrolla en el mensaje que los Consiliarios de la Asociación, presididos por Benzo, dirigen a los propagandistas en julio de 1971:

— Frente a un ritualismo tranquilizante, una búsqueda sincera de decisiones iluminadas por la fe.

— Frente a una aceptación sin crítica de la sociedad de consumo, una sociedad en la que todos tengan acceso a la cultura.

— Frente a las minorías, el rechazo de los valores de privilegio social.

— Frente a toda coacción ético-religiosa, el anuncio de un Dios que se revela en Jesús, a un tiempo impotente y triunfante.

— Frente a una concepción mágica e infantil de la Providencia divina, la entrega en la oración al ministerio silencioso de Dios, cuyos designios no son manejables por el hombre.

— Frente a la mitificación de la eficacia, lograda por cualquier medio, la afirmación de que el crecimiento del Reino de Dios no depende de la riqueza de los medios utilizados, sino de la autenticidad con que el mensajero presenta.

— Finalmente, frente a la exaltación del poder, como medio indispensable para la acción cristiana, la convicción de que el ejercicio de ese poder sólo estará justificado en la medida en que sirva al perfeccionamiento de la persona y a la justicia y fraternidad entre los hombres.

Son afirmaciones en la que insistía muchas veces y que constituyeron los antecedentes del Breviario y del Ideario de Espiritualidad de la Asociación y del de Derechos Humanos, en los que tuvo parte decisiva Miguel Benzo, como redactor del proyecto, objeto de examen y aprobación por la Asamblea.

C) No fue inferior su tarea como intelectual. No voy a referirme solamente a sus estudios, ponencias y libros de los que tenemos buena muestra dentro de la Asociación, como su «Glosa a redemptor Hominis»; su artículo sobre la «Indisolubilidad del matrimonio»; y el relativo a la «Inverosimilitud y credibilidad del amor»; su participación en la Mesa redonda sobre Teología de la liberación; la ponencia de «La fe como riesgo»; y la de «Orientaciones sobre el pensamiento de la A. C. de P.»; o la de «Absoluta originalidad del cristianismo», sin olvidar sus conferencias en las Semanas de Teología, etc., recogidos todos ellos en los Boletines de la Asociación.

No tuvo menos importancia su participación en todos aquellos momentos en los que la Asociación tuvo algo que decir a la sociedad española.

En esos momentos, cuando el Consejo Nacional o la Asamblea discurrían sobre la mejor manera de expresar su opinión, Benzo «ponía la guinda», como yo solía decir, en frase que luego se ha repetido. Escuchaba, tomaba notas, llenaba el papel de dibujos o de intrincados problemas de números o palabras, y al final sabía recoger los diversos pareceres y ponía su guinda, con una propuesta final satisfactoria.

Y así, en muchas ocasiones.

El 24 de diciembre de 1970, con ocasión del llamado Consejo de Guerra de Burgos, cuando el Consejo Nacional expresa públicamente su parecer señalando que los fines de la Asociación son de carácter apostólico, respeta el pluralismo político, se siente solidaria con el Papa y la jerarquía, declara su voluntad de concordia y su proclama, su creencia de que urge promover una plena participación política, económica y cultural.

Dicho en aquellos momentos fue una declaración valiente y sincera, que sufrí en mis propias carnes.

En 1973, cuando el Consejo Nacional muestra su alegría y gratitud por la declaración de la Conferencia Episcopal Española sobre la Iglesia y la Comunidad política.

En marzo de 1974, con motivo del caso del obispo señor Añoveros al mostrar su adhesión a la jerarquía que había sido atacada.

En 1974, también con motivo de la 61 Asamblea General de la Asociación, en la que Benzo toma una parte muy activa, y en la que se adoptan una serie de conclusiones, relativas en lo religioso al compromiso del seglar con lo sagrado, con respecto al prójimo y con la estructura, convencidos, decía la conclusión, de que ni el apego incondicional al pasado, ni la aceptación indiscriminada de cualquier cambio son admisibles, sino que en cada caso el cristiano ha de adoptar responsablemente la actitud más conforme con los principios evangélicos.

En 1975, al hacerse la Asociación eco del momento político por el que atraviesa España, y que es objeto de diversos artículos de propagandistas y de una Mesa redonda del Círculo de Jóvenes, Benzo coopera para que la Asociación, en todos estos momentos de tensión sea un lugar sereno y responsable de participación, diálogo y consenso, como se solicitó de la 63 Asamblea General, frente a tensiones y dificultades.

Benzo no tomaba nunca posición desde la política, sino desde una actitud cristiana, para la mejora de las estructuras de la sociedad, en la que los cristianos con nuestra propia responsabilidad debíamos intervenir.

Producto de esta orientación, que nace con la Asociación, pero que se mantiene y desarrolla, luego de ella aparecen los «Tácticos», grupo inicial de propagandistas que con sus artículos contribuyeron de forma importante a la transición española, en paz.

Declaraciones que se producen de nuevo, con motivo de la situación en Polonia, o con motivo del 75 aniversario de la Asociación.

3. *Actitudes universitarias.* No voy a extenderme más sobre este aspecto, porque otras facetas son también importantes en la vida de Miguel Benzo.

No conozco con detalle su participación en la formación del universitario en la Universidad estatal y en la Pontifi-

ria de Salamanca. Conozco sus libros y sé de su gran atractivo en la cátedra de Teología. Pero sí debo referirme a su participación como patrono en las actividades de la Fundación Universitaria San Pablo CEU y en la Escuela de Teología para Seglares.

Lo recuerdo siempre presente, siempre puntual en las reuniones del Patronato de la Fundación Universitaria San Pablo. Allí, sentado a la derecha de la presidencia, escuchaba, aconsejaba y en algunos momentos, cuando se trataban temas religiosos, defendía, casi con ardor, la mejora y ordenación de los proyectos de formación religiosa de los alumnos, o la orientación de los objetivos funcionales.

Desempeñaba, como consiliario nacional, la coordinación de las enseñanzas religiosas de los alumnos del CEU. Buscaba profesorado competente, trataba de establecer trabajo en grupo, con respeto a la libertad de cada uno, y terminó creando un Departamento de Fe y Cultura, en el que se ha logrado algo difícil de encontrar: un grupo de sacerdotes que le seguían y que coincidían con el espíritu de don Miguel. Creo que ha sido una excelente tarea. Hoy en

la institución se cursa la asignatura de Religión, en los tres primeros años que componen el primer ciclo de las Facultades.

En cuanto a la Escuela de Teología, fue un buen continuador de la tarea iniciada por don José Jiménez y Martínez de Carvajal, creador de la idea.

No es el momento de enunciar los cursos dados en la larga vida de la Escuela, ni de repetir los temas tratados en lo que ha constituido una secuela importante de la Escuela: La Semana de Teología que anualmente se viene repitiendo con indudable éxito. A ello dedicó mucho tiempo, quizá dolido de que no hubiese asistencia de alumnos del CEU y del Colegio Mayor y de escasísimos propagandistas.

Finalmente debo hacer referencia a su condición de educador. Tenía ideas claras sobre los proyectos educativos que el CEU debía impartir. La educación integral del alumno, la interrelación de actividades de enseñanza, cultura, deporte, etc., era un idea constante. Porque para él, como los que de algún modo llevamos la dirección del CEU, es más importante formar al hombre, que preparar al profesional.

Una muerte ejemplar

Antonio LAGO CARBALLO

CUANDO Alfonso Ibáñez de Aldecoa me llamó para invitarme a participar en este acto de homenaje y memoria a Miguel Angel Benzo pensé que lo hacía por mi relación con Miguel en el Colegio Mayor «Cisneros», allá por los años 1955/66, pero en seguida me di cuenta que los organizadores de esta sesión habían pensado en mí como integrante del grupo de matrimonios amigos que lo largo de los últimos diez, once años, habíamos venido teniendo reuniones de reflexión espiritual con Miguel.

Se trata, es obvio aclararlo, de dos experiencias diferentes, pero creo que las dos muy significativas en la vida de Miguel. Y relativas a dos épocas muy distintas y distanciadas en su biografía personal. La primera, cuando Miguel tenía treinta y pocos años. La otra, cuando casi doblaba esa edad y se encontraba ya en la que había de ser la última vuelta del camino de su vida.

Aunque su labor de capellán en el «Cisneros» fue breve en el tiempo, no por eso dejó de ser intensa. Miguel, sin pretender ser simpático, supo conectar con los colegiales, en especial con los que podían parecer, por su talante crítico y pretensiones intelectuales, menos receptivos al sacerdote.

Su quehacer no lo limitó al cumplimiento de sus deberes pastorales. En la memoria del Colegio correspondiente al curso 55/66 —¡tan difícil y conflictivo! ¿recordáis?, los sucesos de febrero de 1956, la salida de Ruiz-Jiménez del Ministerio de Educación...— se reseña que «el padre Benzo dirigió dos tandas de ejercicios espirituales». Pero también que «dedicó varias sesiones al comentario de la obra del novelista Graham Greene, en la que analizó, principalmente, sus resonancias religiosas» y que dio una conferencia sobre «Van Gogh, pintor religioso».

SABER ESCUCHAR

Pero más allá y más hondamente que estas actividades públicas estaba, a la hora de la tertulia, su labor de amistad y diálogo con los colegas, llevada con discreción y respeto. Una relación que con algunos ha mantenido a lo largo de los años. Aquellos universitarios —los más de ellos hoy importantes profesionales— treinta y tantos años después recuerdan con afecto y gratitud al sacerdote joven, sereno, humano, que sabía escuchar y aconsejar, y en quien cultura religiosa y cultura profana, exigencia ética y sensibilidad estética, eran paralelas y estaban armonizadas. Al ser sacerdote que sabía exponer la palabra de Dios e iluminar las cuestiones disputadas de nuestro tiempo con la luz de su saber teológico.

Hay un testimonio muy expresivo de lo que significó aquella breve etapa —no llegó a dos años— en la vida de Miguel: cuando en 1960 publica su «Teología para universitarios», dedica el libro «A los colegas del Colegio Mayor “Jiménez de Cisneros” de los que fui capellán».

ENCUENTROS DE MATRIMONIOS

La otra experiencia. ¿En qué consistían nuestras reuniones matrimoniales con Miguel? Inicialmente en unas sesiones de lectura y comentario de las Epístolas de San Pablo y de San Juan, que celebramos acogidos a la hospitalidad de este mismo Colegio. Luego optamos por reunirnos cada tres o cuatro semanas en nuestras propias casas, en un ambiente más familiar, para comentar textos bíblicos, algunas veces documentos pontificios, otras veces acontecimientos de la Iglesia o temas de actualidad. Si la reunión coincidía con fiestas mayores —en torno a la Navidad o la Pascua— teníamos celebración eucarística.

Las intervenciones de unos y otros no hacían sino tantear caminos con la confianza, la seguridad de contar con la guía y magisterio de Miguel. El esperaba de nosotros, antes que nada, testimonios personales, experiencias de vida. Su sentido de la amistad partía de los dos elementos que la integran y la nutren: el amor y el respeto. La aceptación del otro con sus virtudes y sus defectos. En la relación amistosa con Miguel, cada uno de los dos que la hemos mantenido podríamos decir, con Montaigne, que éramos amigos suyos: «porque él era él, porque yo era yo».

Su deseo de comprender y de ser comprendido, de ser correspondido en sus afectos, era visible y muchas veces manifiesto. En los últimos años, primero por la muerte de su madre, a quien tanto quiso, luego por sus dolencias, fue aumentando su condición de ser menesteroso de cariño y compañía. Cada vez se mostraba más cordial, él que parecía un tanto cerebral y distante.

LA ENFERMEDAD

Miguel no llegó a vivir un año desde la reunión que tuvimos para celebrar su santo, cuando nos contó sus impresiones y vivencias de aquel verano con ocasión de su viaje a la India y al Nepal. Entonces nos dimos cuenta de una

incipiente ronquera y él confesó que tenía alguna dificultad para tragar la comida.

Desde entonces, el contenido de nuestras reuniones cambió porque todos éramos conscientes de que la enfermedad avanzaba en Miguel. Sus dificultades de expresión se suplieron con la lectura de distintos capítulos de sus memorias, escritas con la sinceridad profunda de quien hace no una revisión de vida, sino una confesión general. Sinceridad y también humildad al recordar las luces y las sombras que hay en toda vida humana y en la circunstancia que la rodea y delimita. Algunos episodios que le dolieron en su momento eran tratados sin resentimiento, pero con precisión crítica, como quien desea dejar constancia de los hechos pasados para que sirvan de aviso y lección.

Cuanto vivimos cerca de Miguel los que iban a ser sus últimos meses de vida, crecíamos en admiración al ver la serenidad con que aceptaba las molestias físicas, las limitaciones de comunicación y movimiento que le imponía de modo progresivo la enfermedad.

Miguel no se encerró ni aisló en sí mismo, sin que por el contrario se mostraba abierto, deseoso de ser visitado. Hubo en torno de él siempre amigos que quizá antes no habían sido asiduos, pero que al saberle enfermo iban a acompañarle. Estas pruebas de afecto las agradecería mucho y le confortaban. Y a todos nos alegraba pensar que, de este modo, Miguel se daba cuenta del edificio de amistad y cariño que había construido a lo largo de su vida.

MAS COMPAÑIA QUE CONSUELO

Y a los que le visitábamos —mucho menos de los que ahora hubiéramos querido— nos hacía fácil la de por sí delicada relación con el enfermo, tanto más delicada y difícil cuando se sabe que su dolencia es irreversible. Esa relación para la que Laín Entralgo da en el libro «Sobre la amistad» esta breve regla: «En cuanto se pueda, al enfermo hay que darle más compañía que consuelo. O bien, más precisamente: al enfermo hay que darle consuelo a través de una compañía tal, que no le haga patente su condición de enfermo.»

Cuando era evidente que la dolencia adquiriría mayor gravedad, fue cuando la calidad religiosa de Miguel subió en intensidad. El que había escrito treinta años atrás: «El dolor será nuestra última herencia, el último sabor de nuestra vida, que no desemboca en una brillante apoteosis, sino en la soledad, la vejez y la agonía», comprobaba en su propio cuerpo y en su propio espíritu toda la verdad y también toda la grandeza de estas palabras.

Miguel, que tanto había meditado acerca del dolor y del mal, vivía con lucidez y con aceptación plenas la dura experiencia de ver cómo se acercaba su final. A los amigos nos dejaba el legado ejemplar de su vida y de su muerte, de ese momento definitivo en que se hace realidad total y para siempre lo que Miguel había escrito: «Tener fe significa creer que el tiempo camina hacia el encuentro de cada uno de nosotros con Dios.»

Atención a los universitarios

Concepción LLAGUNO

ESTAN hoy entre nosotros amigos de don Miguel que podrían hablar mejor que yo de su etapa como consiliario nacional de los universitarios de Acción Católica. Si he aceptado hacerlo ha sido porque quizá de forma más continuada seguí su amistad y su magisterio hasta el mismo día de su muerte. Creo que soy uno de los pocos amigos que el día 2 de agosto estaba en Madrid y le vi. Me escribió en su cuadernito: «Estoy increíblemente cansado física y psicológicamente». Yo no sabía entonces, que eran sus últimas palabras escritas para mí...

Conocí a don Miguel en 1955 cuando asistíamos al vigesimotercero congreso mundial de Pax Romana en Nottingham y Londres. Tengo una entrañable fotografía de la delegación española con otros delegados cubanos, mejicanos y el entonces presidente de Pax Romana, sir Hugh Taylor, don Miguel de Clergyman, con Gerardo Cuadra, Eloy Ibáñez, Blas Piñar, Manuel Gordillo... Tenía entonces treinta y tres años, pero qué respeto y qué admiración le teníamos todos. Su sonrisa en aquella foto es la de siempre, cariñosa y ligeramente irónica, como con la que nos recibía durante su enfermedad en la puerta de su casa.

Cuando volvimos a España comenzaba la colaboración de los y las universitarias de Acción Católica, bajo la inspiración de don Miguel. Existían entonces la JUMAC y la JUFAC y en 1957 ya funcionábamos con una denominación común: Universitarios de Acción Católica. Este fue también el título de un librito que se publicó por ediciones Signo con el "nihil obstat" de don Mauro Rubio en 1956 y que, a pesar de admitir la separación estatutaria de los universitarios en cuatro agrupaciones, abría ya camino a una actividad en común.

SOCIEDAD CIENTIFICA

En este libro se plasmaban los criterios que a lo largo de su vida nos iba a inculcar don Miguel. Fijaros, entre tantas que podrían citarse, en esta frase sobre la espiritualidad en la que se dice: «Ha de prepararle a una actitud adulta ante la realidad y enseñarle que la auténtica vida religiosa consiste en una oscura e incondicional entrega a un Dios misterioso y próximo, tremendo y familiar».

También se estudiaba el método. Se insistía que, para proporcionar al universitario, cuya fe «en la inmensa mayoría de los casos era débil y pobre», una fe viva y culta se debía seguir tres caminos: «la enseñanza oral, el libro y el ejemplo». De la enseñanza de la religión decía don Miguel que

debía tener «seriedad científica»; estar cerca de «los grandes problemas humanos» y exponerse «en lenguaje universitario».

Y al hablar del ejemplo que debían dar los universitarios de Acción Católica (le cito textualmente): «Para que el testimonio de fe sea operante es preciso que brote de una existencia claramente edificada, no sobre las comunes ambiciones profanas, sino sobre un "misterio" sagrado: el misterio del amor de Dios, amor de Dios que sea capaz de dar serenidad y alegría a una vida que se enfrenta con toda la realidad del sufrimiento humano, en sí mismo y en los demás, sin refugiarse en la huida del egoísmo, la diversión y la comodidad». ¡Qué íntegramente vivió esto don Miguel!

Bien, yo tengo ese libro profusamente subrayado, porque ninguno de sus capítulos tiene desperdicio. Era para nosotros una fuente inagotable de argumentos en el apostolado, de apoyos en nuestra tarea, de estímulo y de iniciativas. ¡Cuántas veces habremos leído, escrito e incluso «predicado» lo que don Miguel escribió entonces!

En noviembre de 1957 y con el mismo título «Universitarios de Acción Católica», salía un Boletín en cuya portada aparecieron juntos un chico y una chica, con aire moderno, con libros bajo el brazo. En el editorial de este número titulado *Unidad*, se presentaba al Boletín «como el fruto maduro de un esfuerzo llevado a cabo en los últimos dos años»; esto es, desde 1955, en que don Miguel inició su tarea con los universitarios.

DON MIGUEL Y LA MUJER

Permitidme un inciso en este recorrido histórico:

Don Miguel tenía ante las chicas una cortés benevolencia, supongo que ante la superficialidad real o fingida de muchas mujeres, aparentaba (porque yo creo que no la sentía), una cierta distancia, mayor frialdad que en el trato con los chicos. Así hubo que vencer algunos reparos suyos a la realización de actividades comunes entre JUMAC y JUFAC. Don Miguel nos dijo que las universitarias se sentirían cohibidas e incapaces de hablar ante los chicos. ¡Atención! ¡Estábamos en 1956 no en 1989! y esos y otros comentarios de don Miguel, como aquel que me dirigió a propósito de una sugerencia mía «no es mala idea, aunque se le haya ocurrido a usted», hubieron de refutarlos la formidable experiencia de los cursos de verano mixtos y en régimen de internado que nos atrevimos a organizar en 1958.

De aquel primer curso, que se celebró en el Seminario

Hispanoamericano de Madrid, me tocó escribir a mí en el Boletín y reseñaba los profesores. Merecen recordarse: Federico Rodríguez, Enrique Miret, Eloy Ibáñez, Manuel Lizcano, Enrique Pastor, Alfonso Arnau y Salustiano del Campo, además de los dos consiliarios nacionales. Yo decía al final: «Quizá lo mejor de todo el curso sea algo imposible de transcribir: el clima de cordialidad, de sencilla camaradería...». En efecto, contra las reservas de don Miguel, las chicas no se callaron, intervinieron con tino, con seriedad, con altura y don Miguel se sorprendió primero y se interesó después por aquellas universitarias que también daban la talla de rigor, de profundidad que él exigía.

Antes se habían celebrado en 1957 las primeras Jornadas Nacionales de nuestros consiliarios, los de la especialización universitaria. En la reseña que se publicó en aquel primer Boletín (el número 7 de la serie) se dice que, en su ponencia, don Miguel había definido la espiritualidad y la tarea apostólica de los universitarios en términos tan hondos y sugerentes que vino a constituir el punto de referencia constante y el elemento aglutinador de las intervenciones posteriores». Y es que, de verdad, don Miguel era entonces, como luego ha seguido siendo en la vida de muchos de nosotros, la referencia más segura de por dónde ir, no sólo en el enfoque teológico o doctrinal sino sobre todo en la vida diaria, en el camino a seguir en cada trance, ante la desgracia o el poder, cuando nos sentíamos solos o había que tomar una importante decisión. ¡Qué gran amigo hemos perdido! La administración del Boletín universitario de Acción Católica se instaló en Lagasca 38, 1.º, de Madrid, que era entonces donde estaba el colegio mayor universitario «Isabel de España», lo que era también un símbolo.

El Boletín lo redactábamos entre todos y las reuniones previas se hacían en casa de don Miguel, en Marqués de Urquijo. Había secciones fijas, una se titulaba «Orientaciones», donde se reflejaban los temas de actualidad general y universitaria «señalando los criterios cristianos bajo los que a nuestro parecer deben ser juzgados». Una sección de cine, a cargo de Santiago Gutiérrez. Temas fijos eran los de la campaña de cada curso, que cubrían los consiliarios y los presidentes nacionales, la contraportada llevaba siempre una poesía: Rilke y Peguy eran los más frecuentes, el Canto a la Esperanza que don Miguel reprodujo también en su autobiografía y que era una de sus favoritas en el número 11.

Revisar en el espacio de tiempo de que dispongo los temas que don Miguel firmaba con su nombre en el Boletín sería largo. Repasando los 15 números en que yo colaboré ¡cuántas ideas de don Miguel se reflejaban en lo que nosotros decíamos!

LOS CRISTIANOS Y LA POLITICA

Nunca sabremos bien cuánto influyó este hombre, al que tanto queríamos, no sólo en muchos de nosotros, sino en la Iglesia española, en la sociedad de entonces y en la de estos últimos años. Tengo para mí que la transición políti-

ca española empezó a gestarse también en aquellas lecciones de «Cristianismo y política» que se publicaron en el Boletín entre 1957 y 1958 y que informaron a varias generaciones de universitarios impulsándoles a enterarse de qué era el marxismo, qué significaban las libertades públicas, en definitiva, cuáles eran los principios que «deben ordenar cristianamente a una sociedad» y cómo realizarlos desde el lugar en que los sitúe su profesión, «sin doblegarse ante las presiones de una sociedad mal organizada», puesto que «todos los profesionales deben ser orientadores de la opinión pública».

Y a propósito de esto recordar que ya entonces Josefina Carabias destacaba en titulares del *Ya* «Avanza el movimiento social cristiano en Iberoamérica. Es fórmula de unión para los países y valladar contra el comunismo». No era sólo por eso, naturalmente, por lo que habíamos de hacer política los cristianos, pero en 1958 sí era atrevido publicar que los cristianos habían de hacer política.

En enero de 1959, en la sección de Orientaciones se comentaba, con inusitada valentía para los tiempos que corrían, aquella consigna de «lo vuestro es estudiar» y terminaba con palabras que bien reflejan quién lo escribió: «El estudio intenso de la propia profesión y la inquietud honda por los grandes problemas humanos y sociales de nuestra época, no sólo no se contraponen, como esa necia consigna quiere hacer creer, sino que se suponen mutuamente. Porque es muy cierto que sólo puede servirse a la verdad y a la sociedad preparándose con dedicación plena en un campo concreto del saber y la técnica. Pero también es cierto que esa dedicación ha de estar inspirada desde el principio por una búsqueda de la verdad total y no de la finca en el campo, el cadillac y el puesto público».

En marzo de 1958, en este colegio mayor San Pablo se celebró una de las ya habituales reuniones conjuntas de las comisiones nacionales de JUMAC Y JUFAC sí nos mantenía organizados la jerarquía y vinieron representantes de chicos y chicas de 10 ó 12 diócesis; la campaña para el curso 58-59 se tituló: «Responsabilidad universitaria y esperanza cristiana». En las orientaciones que abren el Boletín se lee entre otros un comentario: «este curso ha sido bastante pródigo en huelgas universitarias y obreras» y se decía por qué se producen, suavemente claro. El artículo de don Miguel en aquel número diagnostica las causas de la atonía universitaria de la época: no querer saber, no querer hacer, no saber qué hacer, y algunos de los párrafos que siguen a cada una de esas causas ¡me parecen tan actuales!

No querer saber: esto es, «no me compliquen la vida», con los superficiales (el gran anatema de don Miguel), los que tienen miedo de la verdad, cuando Dios llama al universitario con una vocación específica de buscador de la verdad.

No querer hacer: los perezosos y cobardes que abundan, por desgracia, en nuestras universidades, don Miguel nos decía entonces «que piensan que, al contrario que Cristo, han venido al mundo a ser servidos y no a servir».

No saber qué hacer: «cuando esta actitud es sincera suele darse en hombres valiosos que son dignos de que nos preocupemos seriamente por ellos... demostrándoles con

nuestro propio ejemplo que realmente hacemos algo que vale la pena».

Publicamos 22 números del Boletín hasta mayo de 1961; en el número 22 se anunciaba, en Canfranc, el que debió ser el cuarto curso de verano de los chicos y chicas de Acción Católica, que se celebró antes de que algunos de nosotros dejásemos la Acción Católica universitaria.

FIDELIDAD A LOS AMIGOS

En 1966, también en el *Ya*, escribía don Mauro Rubio un artículo que se titulaba Miguel Benzo y que comenzaba: «No hace mucho tiempo han dejado de ser consilia-rios nacionales de la Acción Católica, cinco sacerdotes de diversas diócesis, que han sido despedidos por sus muchos amigos con tristeza y emoción. Entre ellos y como miembro destacadísimo del equipo, estaba Miguel Benzo...». En el artículo que, creo yo, recortamos y guardamos todos los que habíamos sido hechura de don Miguel en la Acción Católica universitaria se dicen muchas cosas que ya hemos oído aquí, de su libro que no tengo tiempo ya de comentar «Teología para universitarios», de su aliento a los movimien-tos especializados de Acción Católica, de su fidelidad a los amigos, su corazón fuerte y profundo, su ejemplo poderoso, su capacidad de guía y equilibrio, su independencia.

Los que le seguimos a la Asociación Católica de Propa-gandistas sabemos bien de todas esas cualidades, en espe-cial su interés por cada uno de nosotros y también su tris-teza ante las injusticias, que también se cometen dentro de

la Iglesia, que también él sufrió. En una dedicatoria de uno de sus libros que guardo como un tesoro me decía: «A Con-chita, a la que tantos trabajos comunes, tantas ilusiones y desilusiones, tanto afecto y (para no derrochar demasiado sentimiento añadió) tantos servicios de chófer me unen».

En la última visita que otros amigos de la Acción Cató-lica universitaria y yo le hicimos en Navacerrada el 22 de julio uno de nosotros leyó, en alta voz, el capítulo más im-presionante de su autobiografía: su experiencia religiosa. Empezamos a hablar de la fe (yo saqué a relucir la fe del carbonero), del misterio de Dios, de la esperanza a decirle a él muchas de las cosas que nos había enseñado. Fueron momentos emocionantes frente a un don Miguel exhausto pero lúcido que nos escribió: «¿Sabéis lo más doloroso de esta experiencia de enfermedad? Toda mi vida he intenta-do conseguir que la verdadera claridad sólo se podía lo-grar no rehuendo ninguna dificultad, ¡y ahora me encuen-tro atacado en el centro mismo del lenguaje!

En todo caso, creo que el dejar de seguir buscando y dar lo adquirido por definitivo; es decir, que Dios tiene un lí-mite, que lo sagrado puede encerrarse en una fórmula. Des-de el punto de vista egoísta, ¡ojalá pudiera descansar aho-ra!, pero no puedo.

La fe del carbonero es buena para los carboneros (y lo dudo) pero no es buena para los universitarios y menos para los teólogos. Yo he querido daros el pequeño testimonio de que sigo buscando.

Y éste es, ahora, el último testimonio que yo puedo dar de don Miguel.

Hombre de su tiempo, maestro y amigo

José María GOIZUETA BESGA

CUANDO recibí a través de Alfonso Ibáñez de Aldecoa invitación a participar en este emotivo acto en re-cuerdo de don Miguel Benzo acepté gustoso, si bien hice la salvedad de que tomaba su encargo con la inten-ción de acumular a mis propias vivencias y recuerdos sobre su entrañable figura las de algunos de mis compañeros de promoción que me constaba habían tenido en varios casos una relación bastante directa con aquél con posterioridad a nuestra salida del C.E.U. En este sentido, he hablado con varios de ellos que han enriquecido estas reflexiones con diversas aportaciones. Son, por tanto, una modestísima, pero sincera, visión de unos ex alumnos de don Miguel, en la que su acierto, lo hay, se deberá a todos lo que me han ayu-dado, y sus posibles errores los asumo a título personal.

Pero, partamos del inmediato presente. En diciembre de 1988 nuestra promoción de Derecho del CEU, la número XXI, correspondiente al período 1958-1963, tuvo ocasión de ce-lebrar las bodas de plata, veinticinco años desde aquel le-ño 1963, en donde un grupo humano inferior a treinta alumnos, había convivido, estudiado, y sobre todo, nos ha-

bíamos formado como futuros profesionales de la mano de un grupo de eminentes y entrañables maestros entre los que se encontraba don Miguel. En esta celebración que, en cierto modo, venía a continuar la iniciativa de otra que tu-vimos en 1973, con ocasión de los diez años de la salida del CEU, ocupó un lugar preeminente la Eucaristía que nos reunió el pasado 21 de diciembre de 1988, presidida por don Miguel Benzo en la capilla del Colegio Mayor San Pablo. De su corta, pero intensa reflexión —ya estaba muy aque-jado de su dolencia— recuerdo nos evocó aquellos años y especialmente significó que recordaba muy bien a nuestro grupo. Nos dijo que para él constituía un motivo entraña-ble de satisfacción y de gratitud el que hubiéramos conta-do con él para el encuentro. Nos exhortó, con apoyo en las lecturas de la Eucaristía de aquel día, a seguir realizándo-nos personal y profesionalmente en la sociedad. Palabras sinceras, profundas y que, sin duda, denotaban la íntima satisfacción que la obra bien hecha produce a toda aquel que hace de la formación de personas el centro de grave-dad de su vida.

HABILIDAD Y TACTO

Pero ¿cómo conocimos a don Miguel? En aquellos años era el profesor de religión de Derecho de un CEU con pocos alumnos, lo que permitía un contacto muy estrecho entre el docente y los estudiantes y la relación entre profesor y discípulos, como luego diré, no se agotaba a la mera hora de clase. Eran los tiempos en que esta asignatura estaba situada en el «paquete» de las llamadas «marías» dentro de los estudios de Derecho. Pero ¡he ahí la gran habilidad y tacto de don Miguel! Supo lograr que poco a poco su clase tuviera un especial atractivo para todos nosotros. ¿Cómo lo consiguió? En primer lugar, dejó muy claro que la asistencia era voluntaria —no iba a pasar lista—, pero nos planteó una relación de materias tan sugestiva que forzosamente nos interesaba a todos.

Confió a nuestra libertad con sentido de responsabilidad el participar en la clase de forma regular, lo que nos permitiría enriquecernos personalmente y, por otro lado, facilitaría superar el examen obligatorio de la asignatura que por fuerza habíamos de pasar, con otro profesor, sobre las cuestiones abordadas. Este enfoque me parece especialmente digno de ser resaltado por su novedad, ya que el inicial y muy probable rechazo que inevitablemente habría producido un planteamiento más rígido, más a la usanza tradicional, quedaba eliminado. Pero esta cuestión formal, con ser importante, debía llegar al fondo de los contenidos de la asignatura. Tenía que motivarnos para superar el gran lastre que la religión había sido para la gran mayoría de nosotros una materia muy obligatoria, «de obligado cumplimiento» en los centros de bachillerato, a donde, con la mejor intención, nos habían llevado nuestros padres, y cuyo enfoque se encaminaba a hacer «buenos cristianos», pero sin que hubieran mediado auténticas opciones personales por nuestra parte.

Aquí es donde la hondura y visión de futuro de don Miguel se pusieron especialmente de manifiesto. Los grandes temas de Dios y el hombre, desde la óptica de la libertad de éste, fueron el centro de gravedad de aquellos años. En nuestro país, por aquel entonces, existía una religión oficial, con prácticas en muchos casos rutinarias, y con pocos foros para el debate de los temas. Pues bien, creo que la clase de aquellos años fue un modesto pero intenso foro de reflexión de muchas cuestiones que después hemos visto tratadas ampliamente. Pienso sinceramente que muchas de las materias que luego abordó el Concilio las conocimos, de manera anticipada, de la mano de don Miguel.

RESPECTO A LAS IDEOLOGIAS

El diálogo y la participación con respeto a las distintas opciones e ideologías eran las constantes que se repetían en las clases, con un rico debate de los asuntos que podían interesar a un profesional cristiano de la época. Sin duda, nos beneficiamos de la rica temática contenida en su volumen «Teología para universitarios», cuya primera

edición data de 1961. En cierto modo fuimos, junto con otros universitarios de la Facultad de Ciencias, en donde también impartía clases, y los colegiales de algún Mayor, en donde fue capellán, pioneros en enriquecernos de su pensamiento sobre una serie de temas fundamentales de esa teología tan bien elaborada por don Miguel, que pretende dar respuesta a los grandes interrogantes y cuestiones de la vida frecuentes citas de los principales pensadores del mundo contemporáneo. La figura de Dios, distante para muchos de nosotros, ya que nuestra forzada miopía había hecho que nos quedáramos en el «Jesús de la enseñanza media», prolongación del «Jesusito» de nuestra infancia, cobró un relieve y una dimensión auténticamente gigantescos, como medio para iniciarnos a una fe madura, propia de profesionales destinados a realizarnos en una sociedad civil por aquel entonces muy en minoría de edad.

Pero, además, ¿quién no recuerda los encuentros en el domicilio particular de don Miguel? Nos invitaba con frecuencia a compartir en su casa veladas riquísimas en torno a cuestiones sociales y doctrinales de aquellos años, en un ambiente relajado, en donde tenían un especial relieve las audiciones musicales, no necesariamente de índole sacra, de grandes compositores, muchos de ellos lejanos de la musicología oficial al uso.

El tiempo creo que ha dado la razón a su enfoque, en el que ha sido para muchos de nosotros hombre de su tiempo, maestro y, sobre todo, amigo.

En cierto sentido ¿no enlaza don Miguel con la línea de otros hombres excelsos a los que tanto debe el catolicismo español y cuya memoria está ligada a obras como la que hoy nos acoge? En los años siguientes a nuestra salida del CEU vieron la luz los principales documentos del Concilio Vaticano II y he observado que don Miguel ha colaborado en la revisión del decreto sobre el apostolado de los seglares publicado por la BAC; precisamente, una de las cuestiones que estaban presentes en su cotidiano quehacer y preocupaciones.

No quiero terminar sin apuntar otra vivencia de la que fuimos testigos en 1977. Nuestro compañero Enrique Valdevira, hombre crítico, liberal, pero, sobre todo, amigo de sus amigos, entre los que me encontraba, fue muerto en los trágicos sucesos de la calle de Atocha. Había tenido una especial relación con don Miguel en su etapa de estudiante y, posteriormente, había evolucionado hacia posiciones distintas. Recuerdo la emocionada evocación que hizo de él don Miguel en la Eucaristía que celebramos un grupo de compañeros en su memoria en los locales del CEU. No le importaba la ideología, le importaba sobre todo el hombre, el amigo, el discípulo perdido. Más adelante, su afecto por aquél le llevó a tener una especial relación con un sobrino de Enrique Valdevira que fue alumno del CEU.

Hasta aquí un atropellado y humilde, pero sincero, bagaje de las vivencias que me recuerdan a don Miguel Benzo, con quien tenemos una deuda muchos de nosotros al haber recibido de él mucho más de lo que dimos a su persona. Su memoria nos obliga a un mayor compromiso humano y profesional para seguir dando a la sociedad lo que en conciencia creemos que él nos transmitió.

Descanse en paz.